

# De los desposeídos al festín: pecados y letras en América

*JUAN CRISTÓBAL MAC LEAN E.*

Recibido el 15 de junio de 2015

Aceptado el 3 de julio de 2015

En relación al origen y el camino, el destino y el azar, el tiempo por venir, desde siempre abundaron señas, signos, mapas, historias. Desde todo origen se quiso diseñar el tamaño, o la dimensión, de lo no sabido, ya sea empezando con mitos, siguiendo con cuentos, aplicando medidas o brújulas, crónicas, límites y mapas. Se trataba de descorrer, siempre, el telón de lo desconocido. ¿Qué habría atrás de este mundo? ¿Una nueva ruta a otro?

Cosa de ir y ver. Y así llegó Colón a América. Vio y le fue mal, como consta de cuanto sabemos de su último, trágico y cuarto viaje. Colón terminó tirado y famélico en una playa desconocida...

La historia, ella misma literatura documentada, trama símbolos, mareas y destinos. Aquí tenemos (hablando casi ficticia, casi históricamente) un cuento que debiera ser trascendental: el “primer” hombre en llegar a América, desde esa Europa de entonces, fue, si hemos de seguir con eso de “primero”, siquiera sea por el gusto de contarlos así, fue también Colón, el primer personaje histórico del que se sabe que fracasó y se arruinó la vida por haber llegado a América. O: el que primero la vio, primero se jodió.

Del espejismo del oro a la realidad del zapato horadado e inútil, lleno de enredaderas y de flores nuevas que conoció Colón, desde la ilusión desbordante al camino lleno de espinas de lo real, se abre un abanico enorme y lleno de vueltas, en el que sigue alojada Latinoamérica.

Qué es ser sudamericano, latinoamericano o incluso, qué es Sudamérica, qué es el Occidente dentro y fuera de América, cuál es la propia pertenencia, si la hubiera... Hay, al fondo, casi como un grito fósil, un *¿dónde estoy?* que puede

tanto inmovilizar el gesto en su andante, como precipitar una caída ciega, voraz y resignada. Pero, al mismo tiempo, también la propia pregunta lleva ya algo de cansón, en la misma medida en que se sabe que la terca pregunta por la propia identidad jamás lleva a nada recomendable. ¿Hasta cuándo? llega a exclamar uno. A veces y de forma casi paródica, nuestra interrogación recuerda a la filosofía en su permanente indagar sobre sí misma; casi no hay temporada, en efecto, en que no salga otro buen libro de filosofía dedicado a decir qué es la filosofía...

Para nosotros, sudamericanos o sudacas, hispanoamericanos o latinoamericanos (el que no haya una designación acordada y que brote directamente, es algo ya digno de anotarse) siempre vuelve a tratarse, en todo caso, otra vez aunque sea como un ruido de fondo, de una ineludible ontología del ser-de-lejos, del estatuto y la suerte de un ex –Nuevo-Mundo, o si quieren ya hasta un pos Mundo Nuevo y del lugar que se ocupa, del no-lugar en que se está, junto a los juegos de identidades con sus cruces, reflejos, distorsiones, olvidos y desvíos. Y es una vieja historia –como se la cuenta arriba.

¿Y cómo se imaginó, cómo se creo esta desgracia o esta algarabía en el corazón de quienes, unos pocos siglos después del espejismo y fracaso de Colón, estarían fundando ciudades, países, etc.? Abramos, si es esa nuestra interrogación, algunas páginas muy queridas. Por ejemplo, hace ya más de cincuenta años Lezama, en los primeros párrafos de *La expresión americana*, de 1957 apuntaba, de forma casi hiriente a uno de los líos consecuentes: “He ahí el germen terrible del complejo del americano: creer que su expresión no es forma alcanzada, sino problematismo, cosa a resolver. Sudoroso e inhibido por tan presuntuosos complejos, busca en la autoctonía el lujo que se le negaba, y acorralado entre esa pequeñez y el espejismo de las realizaciones europeas, revisa sus datos, pero ha olvidado que el plasma de su autoctonía es tierra igual que la de Europa.”

En ese breve apunte, se invoca la “cosa a resolver”. Esta, acorralada y sudorosa, no halla dónde poner el pie. ¿Cuál es la orilla de verdad y de expresión en que asentarla?

Rastreando semejantes inquietudes, ya también hallamos un libro de 1954, *El pecado original de América*, del argentino H.A. Murena, que “trata de la particular situación histórica y geográfica que me fue dada –junto con muchos otros– para librar esa ambigua batalla que se conoce como vida o destino.” ¿Y dónde

pusieron el pie, o la vida, quienes entonces, digamos que con Murena, caminaban por las calles de ese Buenos Aires que les era librado así?

Y aún había otros que, desde un extremo geográfico bañado por una historia compartida, se preguntaban o inquietaban por cosas similares. Aire de familia de los lugares, de los países sudamericanos. En el *Laberinto de la soledad* de pocos años antes, en 1950, Octavio Paz reconocía que “no podemos sustraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos” creyendo que “los pueblos se vuelven sobre si mismos y se interrogan”. No se trataba de preguntarse *qué era México*, pues más se trataba de *sustancia, historia*. Con una grandilocuencia hoy averiada, decía Paz: “Despertar a la historia significa adquirir conciencia de nuestra singularidad...” Algo vago envuelve palabras semejantes, que hoy nos suenan demasiado próximas a los podios cívicos –que tanto hemos aprendido a detestar.

En todo caso, los tres autores que acabamos de citar, (y tantos más que por razones de límites no convocamos) muy bien podrán hacer suyas las hermosas palabras de Joe Bousquet: “Si tu época está perdida, sin que ella te pierda, reconoce que su ruina no te excluye, y sabrás cómo salvarte de maneras en que puedas convertirte en su salud.” (*D’un regard a l’Autre*, Verdier 1982, 16). Obviando que nadie, a la postre, pueda hacerlo, acerquémonos más sin embargo a nuestros autores y veamos cómo imaginaban su condición americana.

Hector Álvarez Murena, nacido en 1932, murió en 1975 en Buenos Aires con apenas 52 años y una frondosa obra inquietante, hasta cierto punto enigmática, y que todavía aflora lúcida por rincones, como una maleza inesperada, ya sea tratándose de la cuestión americana, del lugar de la poesía, del nihilismo, de las religiones o lo sagrado, la belleza o la barbarie, mientras va desplegándose, al mismo tiempo, en novelas extrañas, poemas impecables. A juzgar por lo que se lee, por ejemplo en el relativamente reciente *Espacio Murena*, que es un sitio en Internet o en el excelente prólogo de Guillermo Piro a *Visiones de Babel*, esa muy buena antología de escritos de Murena hecha por el mismo Piro, la figura de Murena estaría, aparentemente, de retorno a un paisaje intelectual que había dejado (o la había dejado), por varios lustros, mientras se sigue tratando de poner en claro cómo así se dio ese hecho, cómo así se dejó de lado (o él mismo se puso de lado) a alguien que se merecía, por lo menos, mucha más lectura –ahora estarían volviendo a abrirse sus libros, que van conociendo reediciones después

de muchos años de permanecer cerrados. ¿Y hasta dónde, hasta qué punto es rescatable hoy Murena? Christian Ferrer, uno de sus reconocidos lectores, tiene al respecto una suerte de valeroso pesimismo, casi heroico, cuando dice de Murena y Martínez Estrada: “No es que no se los tome en cuenta, no es que no se los lea, algunos más y otros menos, sino que no se puede hacer nada con ellos.” ¿Como si acabaran en un pasaje sin salida, donde ya sólo cabría releer a Murena... como poeta? Y así como el sólo título de *El pecado original de América* anuncia un temple trágico, (cariz del todo ausente en Paz o Lezama), tampoco la vida de Murena fue coronada con ninguna fama o éxito siquiera momentáneos y de forma harto prematura, avara, se lo llevaron la soledad, el alcohol, el frío... La que fue su esposa, Sara Gallardo, traza de él un hermoso y difuminado retrato, tomado-a-distancia-justa (lo que en general es muy raro de conseguir), en el cuento *Un solitario* del bonito libro *País del humo*. En él vemos, o imaginamos, a Murena bajando las calles en la mañana, siempre muerto de frío, fumando, en temblor, por el Buenos Aires de aquellos años: ¡ciudad de ciudades! Y era tal la condición del personaje, en el cuento o el retrato, que daba la impresión de que éste, si dejábamos un momento la habitación, podía ser natural que ya no le encontráramos al volver. Como si llevara inscrita en la piel la señal de otro origen invisible, al que procuraba acceder y del que rebotaba, pero al que de pronto se había ido al dejar nosotros un instante el cuarto. E igual pareciera pasar con su figura, o su fantasma, en las letras argentinas (y quizá más tarde se pueda decir, sin dar más explicaciones y de hecho, en las letras sudamericanas), donde ora está, ora no está, vuelve a estar.

De los libros que examinamos aquí, muy breve y superficialmente, el de Murena es el más desgarrado, el más pasional... *La pasión según H.A.*, podríamos llamarlo en un juego de palabras con una escritora que él admiraba mucho. La pregunta que lo corroía por esa América, que a un tiempo es cuento suyo pero es de todos, lo afectaba, efectivamente, como una pasión, más propia ella del *hombre de letras*, como a él le gustaba considerarse, que del poeta intelectual hecho y derecho, como el Premio Nobel Octavio Paz, o el mago hechizado y metafórico que era Lezama. La misma figura de hombre de letras también tipifica en mucho su errabundeo solitario. En gran parte la tomó, sin duda, de Walter Benjamin, de quien fue el primer traductor al castellano: los *Ensayos escogidos* de 1967 (!) en

Editorial Sur. Es que hay algo, en el hombre-de-letras, que no es docente fijo en ninguna parte, vive de hacer traducciones, trabaja en editoriales, periódicos, publica en revistas, hay algo, decíamos, de vida a salto de mata, de letra a letra. Y es a esa luz que debemos volver a escuchar a Murena, cuando dice al principio del prólogo a la única reedición que él vio de *El pecado...* de 1965, que ese libro trata del sitio y el momento que le tocó “para librar esa ambigua batalla que se conoce como vida o destino.” De tal forma, pues, que su propio destino, su propia existencia, su propia palabra (por ejemplo tal como la trata en sus “novelas”) estaban total y radicalmente entreveradas con esa pregunta o condición esencial, terrible, de un ser-sudamericano, que vivió en un grado de laceración al cual es bueno que volvamos, por mucho que hoy esa pasión desgarradora, esa pregunta insoluble, haya tomado otras sendas, quizá con el tiempo se haya incluso desgastado, gastado, cuando no transmutado en nuevos flujos, turbulencias, espantapájaros. Cuando Murena se acerca a la cuestión, por otra parte, lo hace desde un ámbito inusitado, sin ninguna referencia a hechos o narrativas económicas, históricas, antropológicas. Y no en vano dijo: “Sólo se es con profundidad contemporáneo al sumergirse en la contemporaneidad con la distancia del anacronismo.” En un ensayo de 1948, sobre Martínez Estrada y justamente llamado “Reflexiones sobre el pecado original de América” (incluido en la reedición de POA), y donde ya se prefigura todo el libro de 1954, lanza de entrada y de golpe, en la primera línea:

Sabemos o sentimos que nacer en Hispanoamérica significa nacer con un segundo pecado original, con una misteriosa culpa de carácter geográfico-cultural a la que nadie escapa.

Esto es algo que se traduce, por ejemplo, en una *problemática* relación con los libros. Para explicar en qué momento se topó con Martínez Estrada, de quien se dice (ex) discípulo, Murena traza antes, y de una manera a veces conmovedora, su relación con libros y bibliotecas, su formación de lector –y posterior hombre de letras, pero lo hace también como si se tratara de una educación sentimental, con sus apogeos y desengaños. Son bellas esas páginas, en que se narran las glorias y los entuertos del lector *en tanto* que lector sudamericano. Cuando uno se

eleva y comulga, recorre nuevos paisajes, se educa y acrecienta repitiendo poemas, pensando ontologías... Pero de pronto abre los ojos alrededor y ve que son todas cosas escritas en aquel ahora allá, ahora lejos, en el Occidente del que venimos pero al que ya no pertenecemos. Desgarraduras de esa naturaleza vuelven a sacudir aquí y allá las páginas. A veces en una clave extrema:

Digámoslo de entrada: los americanos somos los parias del mundo, como la hez de la tierra, somos los más miserables entre los miserables, somos unos *desposeídos*. Somos unos desposeídos porque lo hemos dejado *todo* cuando nos vinimos de Europa o de Asia y lo dejamos *todo* porque dejamos la *historia*.

Antes de comentar o de seguir con semejantes desarrollos, es de justicia señalar que, en mayor o menor medida, sentimientos de esa naturaleza fueron muy corrientes en buena parte de los sudamericanos, sobre todo entre lectores-escritores. Sin embargo no es de etiqueta comentarlos, se los pasa por alto. Son como el pariente pobre que no se quiere presentar, que se alberga al fondo de la casa y al que sólo tratamos –o esquivamos– a solas. Son muchas las veces, en efecto, que la lectura de *Pecado*... provoca una secreta incomodidad, la irritación del hallado en falta. Es como si se ventilaran, públicamente, unos bien guardados secretos de familia –de familia sudaca de las letras.

Ahora bien, si en todas estas páginas se trasluce, cómo no, el desaliento ante el fracaso ostensible y fáctico de Sudamérica, o a se hacen semblanzas psíquicas, muy pesimistas, tampoco nos encontramos ante un anecdótico *cahier de doleances*. Pues las cosas van más al fondo. Resulta que el fracaso fáctico de los países sudamericanos es la traducción, posterior, de su fracaso metafísico primigenio: de su segundo pecado original. Aquello que les hace golpearse el pecho: ¿por qué nací aquí? O ya puede también eso trocarse en nacionalismos, en la igualación por abajo, en telúricas autoctonías.

Una palabra o un nombre permanentes en los párrafos más decisivos por los que se va desplegando el libro es el de Dios. Tampoco nunca se nos aclara nada sobre cómo hemos de tomar ese nombre visto, también, desde su propia ausencia. Pero del lugar que ocupa en lo que luego se traduce en la equívoca trama de

acontecimientos de la existencia, no hay duda. Así por ejemplo, están “*las versiones de la historia [que] pretenden cerrar el paso a Dios en el mundo*” (subrayado del autor) y de tal forma “quieren poner término a su terrible e infinita libertad”, también nos cierran el camino a una verdadera comprensión desde el origen. Y es lo meditado en semejantes términos lo que más detiene, seduce y a un tiempo repele en Murena. Unos sesenta años después de su *Pecado original*, América o los países sudamericanos siguen bordeando el desastre, a veces con ahínco, mientras se ensayan muchísimas explicaciones que puedan valer para el conjunto de ellos. Ninguna dura mucho.

Cuando Murena escribía el libro en Buenos Aires, aún no habían concurrido con todo su fuerza la historia, la antropología, la arqueología, a leer el continente desde el otro lado, es decir, desde la indianidad, desde lo que eran, fueron o pudieron ser los habitantes originarios de América. Tampoco, por otra parte, se dan mayores señas sobre España y sus tendencias durante la conquista, los desastres o chispazos durante la colonia, el papel de la iglesia, etc. La palabra que posiblemente más aparece en el *Pecado*, es “espíritu”. Para Murena, en efecto, de lo que siempre se trata y lo que importa es ese espíritu y sus suertes. Realidades que espiritualizan, realidades que des-espiritualizan, lugares donde está el espíritu, lugares en los que aún no se ha manifestado... El problema con tan sugestivas intuiciones es que a veces parecieran perder lo real (como en el caso del indígena ausente), mientras arriesgadas especulaciones de orden teológico acuden a primer plano.

El lector de *El laberinto de la soledad*, libro que salió poco antes que *El pecado*, no debe enfrentarse con tan violentas y desgarradoras cuestiones. Cierta mayor lucidez y amplitud histórica, equilibrio del *Laberinto*... viene, posiblemente, de que México para Octavio Paz, que entendió tanto, y también a su manera, no le era una llaga viva, una pasión de primer frente en la que consumirse. Su libro, redactado en Francia, está firmado en Austin, Texas, y este gran aristócrata de las letras y la sociedad, este mandarín, también tenía otras muchas cosas que atender. Lezama, por su parte, respondería a preguntas como las planteadas por Murena con alguna salida ya –totalmente– habanera, regocijadamente ardiendo en un fuego etrusco y translingüístico, iluminando la niebla de todos los trópicos al amanecer.

Ahora bien, aunque no se le fuera la vida en ello, Octavio Paz escribe *El Laberinto* también como un ensayo de autoconocimiento. Como certeramente lo expone Alejandro Rossi, en él se trata de “un supremo acto de voluntad personal, un profundo ejercicio de liberación personal y colectivo, pues Octavio no acepta el ejercicio de liberación sólo como individual, quiere, por el contrario, que sea armónico con el desarrollo de la historia de México.” Como se ve, aquí se respira otro aire. Sin embargo, también Paz sabe reconocer –y este es su camino de entrada– a aquellos para quienes “serlo (mexicano) es un problema de verdad vital, un problema de vida o muerte”. Se trata del *pachuco*, ese raro personaje creado por la masiva migración mexicana a Estados Unidos. Su situación “espiritual” es tan álgida, o más, que la del americano de Murena. Ni es de ningún aquí, ni de ningún allá. Tienen un “aire furtivo e inquieto, de seres que se disfrazan, de seres que temen la mirada ajena, capaz de desnudarlos y dejarlos en cueros.” A la postre, el pachuco “no afirma nada, no defiende nada, excepto su exasperada voluntad de no-ser”. Lo sorprendente de estas descripciones del pachuco, personaje supuestamente de un momento y una geografía concretas, es cuánto cualquier lector sudamericano reconocerá a los pachucos de su propio país, en ciertos barrios o afueras de las ciudades. ¿Y en qué estará ahora la figura del pachuco, en esta época de la violencia y el narcotráfico absolutos, que entonces ni Paz ni nadie sería capaz de imaginar?

Pero, volviendo a lo nuestro, hemos de recordar que, antes aún de confrontarnos con el pachuco, Paz nos hizo saber muy pronto sobre la realidad en que estaba parado a la hora de indagar sobre el laberinto que veía frente a sí. Y, más que de un espacio metafísico, se trata de uno histórico y poblado, cuyo retrato se repite, punto por punto, en muchos de los países latinoamericanos:

En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay quienes viven antes de la historia; otros, como los otomies, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella. Y sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entredevoran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. (...) Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre todavía.



Pero ya luego se señalan máscaras, se describen personajes y actitudes, gestos y silencios. Lo propiamente mexicano y el mero mexicano y la mujer mexicana, empiezan a aflorar, observaciones y retratos van dibujando un personaje al que una prosa incomparable desnuda y viste, pone a la luz o entrevé en la penumbra, muchas veces con una descarnada precisión y un agujijón hiriente, descreído.

Y cuando llega la hora de repasar la conquista y la colonia (así se llama un capítulo) Paz se quita, limpiamente, del juego hoy tan exacerbado de encontrar a los buenos y a los malos en una historia que sin cesar se vuelve a hacer chirriar. Aquí y allá el día de hoy, en efecto, resurgen indianismos, las más de las veces patéticos y se esgrime una tajante espada contra todo occidente. Pero aquí no habremos de detenernos más en eso.

Al referirse a la conquista, buen conocedor de la historia de su país, Paz no escatima sombras a la gran tragedia que ésta significó. Al etnocidio y la “interrupción del pensamiento” que dice Le Clézio hablando de México, se sobrepujó e impuso el deicidio: se mató a los dioses que hasta entonces se erguían sobre tales reinos, dejando a sus habitantes en una orfandad y soledad totales, amplificadas por el paisaje tan inmenso, tan vacío.

Y, a la hora de analizar la colonia, esa “clara unidad histórica”, Paz también atiende a cuanto de asombroso y digno hubo en ella. Por lo mismo que a veces tratan de ocultarse ciertos aspectos señalados por Paz y que hoy parezca más discutible su afirmación, es digna de escucharse:

Pero la creación de un orden universal, logro extraordinario de la Colonia, sí justifica a esa sociedad y la redime de sus limitaciones. La gran poesía colonial, el arte barroco, las Leyes de Indias, los cronistas, historiadores y sabios y, en fin, la arquitectura novohispana, en la que todo, aun los frutos fantásticos y los delirios profanos, se armoniza bajo un orden tan riguroso como amplio, no son sino reflejos del equilibrio de una sociedad en la que también todos los hombres y todas las razas encontraban sitio, justificación y sentido. La sociedad estaba regida por un orden cristiano que no es distinto al que se admira en templos y poemas.

En Perú y Bolivia se tiene casos extraordinarios de grandes pintores indios de la Colonia. En muchas cosas la historia de la región andina y la de México son similares. Lo que Paz dice de la iglesia católica, pensando en México, es perfectamente aplicable a las zonas andinas, aunque sin duda habrá quienes rebatan esto furiosamente:

Por la fe católica los indios, en situación de orfandad, rotos los lazos con sus antiguas culturas, muertos sus dioses tanto como sus ciudades, encuentran un lugar en el mundo. Esa posibilidad de pertenecer a un orden vivo, así fuese en la base de la pirámide social, les fue despiadadamente negada a los nativos por los protestantes de Nueva Inglaterra. Se olvida con frecuencia que pertenecer a la fe católica significaba encontrar un sitio en el Cosmos.

Las páginas de ese capítulo se cierran con el fogonazo del barroco y la presencia final de Sor Juana. Se tiene la impresión de que, con sólo llegar ahí se ha recorrido un camino muy largo y muy variado, que ahora se nos hace reacio a ser englobado en categorías tan vastas como las desplegadas por Murena. A la pluma de Paz acuden olores y sabores, se divisan vidas y hasta se deja sentir, en algunos chispazos, el rumor de lo cotidiano bregando en imaginados, entrevistados mundos.

A su manera, Paz es exhaustivo a la hora de examinar los aspectos o fuerzas más visibles o actuantes en el paisaje que procura describir, provocar, hacer vivir o al que interroga. Se asoma a anteriores libros y autores muy importantes, los expone y circunscribe (Villaurritia, O'Gorman, Reyes). Las palabras con que vuelve tras ese recorrido, bellamente rematadas, no son las más halagüeñas:

Los mexicanos no hemos creado una Forma que nos exprese. Por lo tanto, la mexicanidad no se puede identificar con ninguna forma o tendencia histórica concreta: es una oscilación vaga entre varios proyectos universales, sucesivamente trasplantados, o impuestos y todos hoy inservibles.

¿Se han creado otros proyectos o alguna Forma desde que fueron dichas esas

palabras, hace más de medio siglo? He ahí una pregunta de grandes dimensiones. Es que también, si para alguien la respuesta fuera negativa, no por ello, sin embargo, se hiciera menos incisiva la pregunta misma: ¿Por qué *no* se crearon...? Tampoco insistiremos en esto que desborda con mucho nuestros exiguos límites. Sí podemos, en cambio, ver finalmente el temple, en absoluto trágico, con que Paz afronta ahora su tiempo y su lugar, el tiempo que veía delante, cuando se trata de un momento en el que “Todos estamos al margen porque ya no hay centro”. Una realidad indivisa y general flota como una bruma:

La antigua pluralidad de culturas, que postulaban diversos y contrarios ideales del hombre y ofrecían diversos y contrarios futuros, ha sido sustituida por la presencia de una sola civilización y un solo futuro”. A estas alturas, “La Historia universal es ya una tarea común. Y nuestro laberinto el laberinto de todos los hombres”. Y si estas son las últimas palabras de un capítulo (La ‘inteligencia’ mexicana), las que cierran el libro, más allá, se acaba afirmando: “Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres.

¡Principesca imagen! Paz cumple así su propio ciclo, se eleva y se redime, y notablemente lo hace llevando consigo, y como quería, al propio México, a América... ¿Y es así? ¿Cómo debemos entender hoy esa contemporaneidad, que además –y esto es importante– no nos exime de nada? ¿Tiene ella alguna Forma discernible? Y además: llegaron a ella los latinoamericanos, por sus propios medios, o simplemente fueron atrapados por la cola, metidos en la olla por los remezones generales de la globalización? Otra vez, es imposible trazar generalizaciones. También la Forma se disgrega en múltiples formas y deformaciones...

Para José Lezama Lima dicha Forma, tenía, en todo caso, una *expresión*, aunque ella misma, también, era el problema: lograrla, acceder a ella, tantas veces pareció “cosa a resolver”. El primer párrafo de *La expresión americana*, de 1957, es y ha sido citado ¡tantas veces! Pero es tan bello, tan poderoso y pleno que volver a citarlo nunca puede ser una demasía: “Sólo lo difícil es estimulante, sólo la resistencia que nos reta es capaz de enarcar, suscitar y mantener nuestra potencia de conocimiento”. Y lo difícil, dice luego, es “la forma en devenir en

que un paisaje va hacia un sentido, una interpretación o una sencilla hermenéutica...” Con lo que ya seguimos pasando, sin saber muy bien hacia dónde. Y antes de que atinemos a nada, en la primera página de este libro sobre la expresión americana, de pronto nos hallamos contemplando cuadros del Medioevo holandés. *Septiembre* de los Hermanos Limborg, *La Cosecha* de Brueghel, la *Madona de Rollin* de Van Eyck... ¿Cómo así? Pues resulta que, gracias a un sistema contrapuntístico en el que *las puertas se abren hacia afuera*, hemos obtenido “esa rotación de tres entidades para integrar una nueva visión, que es una nueva vivencia.” Y, se nos aclara: “Lo que ha impulsado esas entidades, ya naturales e imaginarias, es la intervención del sujeto metafórico, que por su fuerza revulsiva, puso todo el lienzo en marcha, pues, en realidad, el sujeto metafórico actúa para producir la metamorfosis hacia la nueva visión”.

En semejante vena, en vez de la historia en relación con Dios de Murena, o de la historia encarnada en arte, revolución o un presente abierto en Paz, aquí hemos de encontrarnos con algo muy distinto: con *eras imaginarias*. Estas no escasean: están “la imaginación etrusca, la carolingia, la bretona, etc., donde el hecho, el surgir sobre el tapiz de una era imaginaria, cobró su realidad y su gravitación”.

Eras imaginarias, cantidades hechizadas, la sobre naturaleza, la vivencia oblicua, el sujeto metafórico, la resurrección... Cada tanto estas palabras resurgen, y cuando parece que irían a entregarnos una clave, que ya se pierden en sus propios juegos...

¿Cómo tomar a Lezama? es la pregunta que de inmediato cualquiera procura responderse. Su palabra, evidentemente y para lo que nos interesa aquí, no funciona en el mismo sentido en que puedan hacerlo las de Paz o Murena, que ofrecen razones y argumentos, procuran la coherencia interna de sus desarrollos, son en general claros. Lezama ni nunca es muy claro, ni avanza con argumentos o razones. Antes de llegar a plantearse nada, ya está, súbito, allí. De pronto pregunta, o respuesta, quedan inútiles, vagando en vano. Y eso es algo que también ocurre con las interrogaciones sobre el ser o no ser americano, e incluso su expresión. La pregunta y su respuesta han sido de golpe borradas porque en su lugar se ha instalado un dispositivo implacable que subsume y traga cualesquiera “entidades”, las mezcla, las regurgita y puede volver a ofrecerlas:

“*Foca* que sobre una mesa *otomana* retoca su nariz *pitagórica* de andrógino, la bolas *suecas*, los gorros del ladrón de la *mezquita*” (Citado por Sarduy, con sus subrayados).

A veces, a más de barroco, Lezama parece hacer en la escritura, o con la escritura, algo que se acerca a lo denominado, en pintura, *art brut*. Y si bien la expresión es engañosa y puede dar lugar a malentendidos, es recordable, a veces, cuando en algunos párrafos o páginas, pareciera que las palabras y las cosas se encuentran solas al aire de su propio azar, llenas de sorpresas y figuras retomadas, nuevamente abandonadas, sentencias absolutamente impenetrables muchas veces, otras abriéndose en claros poéticos que dejan al lector transido por un instante antes de volver a sumirse en guirnaldas y en abismos, citas y comidas, eras, animales, civilizaciones... Lo mismo ocurre con la poesía. *El pabellón del vacío* es, sin duda, uno de los grandes poemas en castellano del siglo pasado. Pero, al lado casi, hay otros poemas absolutamente impenetrables. O, podríamos decir, para comprenderlo plenamente necesitaríamos el concurso de éstos que él mismo reúne: “los espectros de Scotland Yard con el colegio de traductores de Toledo, trabajando en cooperación con el Síndico de escribas egipcios.”

Así las cosas, no vayamos a buscar en Lezama respuestas ontológicas, serios pensamientos argumentados, teorías, posiciones nítidas. Como en ese ensayo-tesis que vi hace poco de alguna angloparlante en que citaba a Lezama tomando muy en serio lo citado, como segura afirmación, argumento, posición, etc. A Lezama, en el fondo, hay que prestarle los mismos oídos que se le presta a un poeta: ¿se le pide a éste que siempre sea claro?

Y bien, en el contexto en el que estábamos, dentro del que procuramos hacer jugar estos tres libros, ¿qué es lo que hace Lezama en *La expresión americana*? En el fondo no nos ofrece ninguna teoría satisfactoria, idea, profundo pensamiento, algo que aclare las cosas. Más qué preguntarse qué o cómo puede ser esa expresión lo que hace es mostrarla, ofrecerla. Y lo que hace es, literalmente, dar un verdadero festín –un festín americano. Plato cubano. Pero, antes de abrir el menú, véase cómo ya prepara el terreno (o la cocina), a tiempo de dar una vuelta por el barroco (donde no deja de citar, conste, la portada de San Lorenzo de Potosí), del que dice: “en España y en la América española representa adquisiciones de lenguaje, tal vez únicas en el mundo, muebles para la vivienda, formas de vida y

de curiosidad, misticismo que se ciñe a nuevos módulos para la plegaria, maneras del saboreo y del tratamiento de los manjares, que exhalan un vivir completo, refinado y misterioso, teocrático y ensimismado, errante en la forma y arraigadísimo en sus esencias”.

Bien podrían valer esas palabras como una preparación del Banquete, del verdadero Simposio criollo que tendrá lugar pronto. Pero dejemos ahora, escuchando con toda devoción, que sea el propio Lezama Lima que inaugure el festín:

El banquete literario, la prolífica descripción de frutas y mariscos, es de jubilosa raíz barroca. Intentemos reconstruir, con platerescos asistentes de uno y otro mundo, una de esas fiestas regidas por el afán, tan dionisiaco como dialéctico, de incorporar el mundo, de hacer suyo el mundo exterior a través del horno transmutativo de la asimilación.

Las últimas palabras pueden pertenecer tanto a un recetario culinario como al recitativo verbal que se viene. Pero detengamos un instante en su última parte, pues de pronto recordamos, procurando no perder del todo nuestra línea, la “soledad” que sienten los desarraigados de Murena o los de Paz, ante ese mundo exterior con su paisaje excesivo o vacío, ya extraño para el exilado, ya sin dioses para el originario. Frente a tan profundas, complejas circunstancias, preguntas que se plantean, el *chef* no se hace problemas: todo entra a la misma olla, todo pasa por *el horno transmutativo de la asimilación*. Y salen de ahí la cantidad hechizada, la sobrenaturaleza, la resurrección, cuando todas las cosas acuden, se reúnen o dispersan en un mismo texto, una cartografía de eras imaginarias y que nos pueblan, amenguan dicha soledad.

Van llegando luego varias de las páginas (y los platos) más deliciosas, más sabrosas nunca escritas sobre un festín, ellas mismas el festín. De los asistentes a tan portentoso banquete (aparte de nosotros mismos, los lectores), cada uno aporta con algo. Y vale la pena repasar la lista de convidados y sus donaciones –aunque se haga una violencia al extraer sueltas citas –pero todo valga para *dorar* estas mismas páginas.

El canónigo bogotano Domínguez Camargo pone las servilletas, Lope de

Vega *un poco de alegre vegetación en medio de las viandas que el fuego dora y transmuta* (“Matice esas huertas luego/la berenjena morada,/ la verde col amigada/ como pergamino al fuego”), mientras el cordobés Don Luis aportará con la aceituna, Sor Juana con el aceite de oliva (“...que el árbol de Minerva/ de su fruto, de prensas agravado,/ congojoso sudó y rindió forzado”), viene Fray Plácido de Aguilar a *ofrecernos un primer plato, una bien refrigerada toronja*, y luego Lope de Vega llega trayendo mariscos, mientras Lugones pone la gallina “importante/ Que impone el silencio de su triunfo un instante”. Alfonso Reyes pone un vino francés, el Anónimo viene con los postres y las peras, al final Cintio Vitier regala el tabaco, permite la *penetración de los linajes del humo en nuestro cuerpo...* Cada comensal llegó donando una estrofa, versos que se escancian y puntean los placeres y diversos entremeses.

Palabras que se comen, manjares que se dicen. Apelaron a viejos poetas, sentando reales en la tradición del idioma cuando, sin embargo “Lo desconocido es casi nuestra única tradición”, como dice en otra parte.

Son muchas más las páginas y grandes párrafos que se podrían rescatar, glossar, citar. Pero, bien comidos, nos contentaremos con lo conseguido.

Ha sido casi caprichosamente que hemos estado hojeando estos libros, pues también hay otros muchos y buenos que tocan estos temas y que aparecieron en distintos países. Desde los grandes poetas hasta el que luego sería llamado *boom* y que llegaron ligeramente después de los libros que nos ocuparon, se trazaron otras vías y otras formas de acercarse a nuestro tema. ¿Y en qué andan hoy interrogaciones como esas y sobre las que nos hemos inclinado? La verdad, no estoy lo suficientemente enterado, aunque tengo la impresión de que el tema va disperso por cientos de libros, tesis y revistas... ¿Cuánto ha quedado, en estos campos, monopolizado por estudios al estilo de las universidades norteamericanas, donde parece todo se limitara a cosas como subalternidad, (des)colonización, etc.?

Y, tras haberme asomado a las obras de un argentino, un mexicano, un cubano, ¿tendría yo algo que decir en tanto boliviano? O peor ¿debería tener algo que decir? A estas alturas, más de medio siglo después de esos libros, la verdad es que no sé si esas interrogaciones, siempre presentes sin embargo, son algo que me desvelen demasiado. Como si uno estuviera ya demasiado curado en desastre, habituado a la catástrofe, acostumbrado a la intemperie y sabiendo que ni la

borrasca, ni la soledad, ni el frío pasarán. Que están para quedarse. Como todas las cosas: la maceta, el miedo, las serpentinatas, la banda, la charla, el canto. De todas formas, sabemos que ser boliviano, sin duda sería, por ejemplo en términos murenianos, lo peor que podría pasarle a uno. Si ya los americanos eran parias, en ese relato, ¡cuánto más no lo serían los bolivianos! Parias entre los parias... Sin embargo, tampoco ya resiste bien la armazón en que se asientan proposiciones de ese tipo. El problema de la identidad se dispersa en el juego de una miríada de identidades, los diversos tiempos y grados de contemporaneidad con el resto de los hombres, a su vez, se dan en toda su gama y mescolanzas, mientras se sabe que ya más valdría dejar, de una buena vez por todas, el banquillo de las víctimas y su dolido narcisismo inverso. Se trata, sin embargo, de confrontaciones irresolubles y que no dejarán de perseguirnos. Qué es el Occidente, qué o quién es el Indio, qué significa la eterna imposibilidad de lograr una mínima resolución de lo político... Tenemos al frente el mismo horizonte, pero al lado de otros horizontes, mientras se está en medio de una disonancia o se es la disonancia. Y si bien la disonancia también puede ser creadora, es igual difícil, difícil de escuchar y de ejecutar. Y puede, paradójicamente, que ahí esté el chiste, que ahí donde esté el peligro nazca también la salvación... ¿Pero valen tan lírico-trágicas luces o esperanzas? ¿Y para quién?

Finalmente, la suerte de Murena tiene un inesperado acápito. Él mismo pasó algunos días por La Paz, el año 1965 o algo así, dejando una impresión indeleble en algunos de quienes lo conocieron. Entre ellos Jesús Urzagasti, el escritor más solvente de los últimos lustros en Bolivia y que, más de una vez, deja aparecer la figura de Murena en sus escritos. En esa especie de hermosa novela que es *De la ventana al parque*, de pronto aparece, como un desleído personaje secreto, Héctor Álvarez, a quien se sigue mientras se imagina que “según sus cavilaciones, el hombre se torna mezquino y calculador, en tanto que en geografías presentidas por Horacio Quiroga la aventura humana de pronto revela una grandeza sobrecogedora, porque quienes la encarnan ya nada tienen que pedir al mundo y cancelaron cualquier expectativa y cerraron las puertas del triunfo social. Al fin y al cabo, conjeturó Hector, esas vidas fracasadas constituyen nuestro destino: un movimiento convulsivo, donde no se sabe qué es lo que triunfa, si la luz del espíritu o el mero instinto de sobrevivencia”.



# La tierra de las dos diosas<sup>1</sup>

*GUILLERMO MARIACA ITURRI*

Recibido el 6 de mayo de 2015

Aceptado el 5 de junio de 2015

En 1720, por encargo de un cacique indígena, un pintor todavía anónimo entrega un cuadro –del que existen dos versiones– en el que reúne en una misma imagen a la Pachamama (divinidad de la tierra en el mundo andino) y a la virgen María (madre de Jesús en el mundo católico).



---

<sup>1</sup> Los ensayos en cursiva producen sentido. El resto del texto en letra recta expone argumentos. Creo que la diferencia entre estos dos tipos de escritura, además de lo dicho, es también un homenaje a la tradición latinoamericana que nunca se limitó al lenguaje argumentativo y racionalizante, sino que se expandió hacia un lenguaje que comparte experiencias de vida desde perspectivas estéticas, axiológicas y epistemológicas combinadas en un mismo texto.